



## CASAS CON LAPIDAS

Por las viejas calles y por las modernas, por las antiguas plazas y plazuelas, por las modernas avenidas en donde las plantas acaban de morir aplastadas por el cemento, los lagartos atropellados por el tranvía, nos encontramos casas que cuentan siglos, edificios de pocos años, en donde lápidas de mármol o bronce recuerdan al paseante que allí, o en una casa que estuvo allí y que ahora ha sido sustituida por otra, casi siempre más fea y siempre más cara, nacieron, vivieron y murieron hombres con fama, que allí ocurrieron descubrimientos geniales, hechos heroicos, y hasta que se jugó el primer partido de futbol, que se proyectaron las primeras películas, cosas que, sin entrar en la categoría de lo grande, tienen, naturalmente, su importancia para la historia de una ciudad.

Lápidas para los genios y para los héroes, para los santos y para los no santos; vamos, todo un itinerario de gran calidad está en esas lápidas, cuya lista habrá que establecer un día con puntual exactitud, para de este modo contribuir de manera eficaz a la historia madrileña.

Ahora, en las mañanas de sol, en las tardes sin él, hemos andado recorriendo la Villa a la búsqueda de lápidas, una búsqueda que nos trae infinitas sorpre-

termina convirtiéndose, con perdón sea dicho, en mure; que se las limpie, que se las repare, ya que, de lo contrario, una lápida en abandono es algo así como un olvido del hombre o del hecho que en mármol o en bronce se ha querido perpetuar.

Son ciento cincuenta y seis, y alguna habrá quedado en el olvido, las lápidas que en el correr de Madrid hemos anotado. Es difícil establecer en qué barrio hay más; difícil es decir si los más recordados son los poetas o los historiadores, los pintores o los músicos. Como un día habrá de establecerse la lista formal de las lápidas, en la que se anote la historia de cada una

tre las más modernas señalemos la del poeta Ferrari, en Almagro, 10, y en cuanto a las relacionadas con el futbol —también el futbol tiene su lapidismo—, hay una que recuerda a los jugadores del Racing Club en la plaza de Chamberí.

Llena de emoción y belleza poética está la de Amado Nervo, cuyo texto escribiera el buen poeta José María Alfaro. En una humilde casa de la calle de Bailén vivió y murió Nervo, y así lo recuerda la inscripción, como recuerda otra al sainetero don Ramón de la Cruz, en Alcalá, 26.

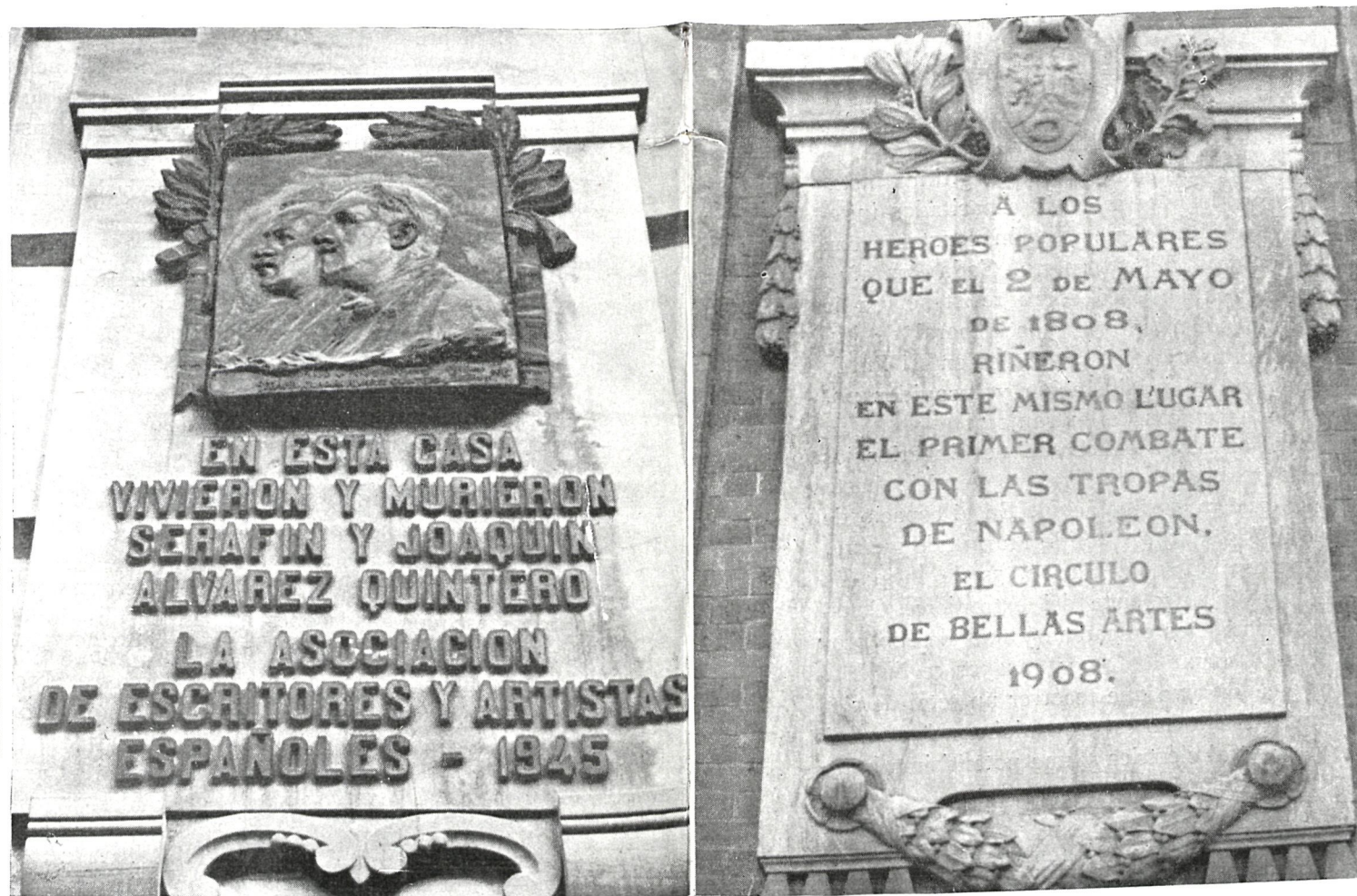
Lope de Vega tiene dos lápidas: una en la calle de Cervantes, otra en la de Mayor, y junto a las lápidas que recuerdan a Lope de Vega hay otra en la carrera de San Jerónimo, 32, que nos dice que allí se presentaron en Madrid las primeras películas.

Los médicos son gente con muchas lápidas; infinitos son los doctores que tienen una, y también la tienen los políticos; políticos de todos los matices tienen sus mármoles y sus bronceos exaltándose.

Los hechos heroicos tienen también su recuerdo por las paredes de las casas de esta Villa; así, en la Puerta del Sol, hay una a los patriotas del Dos de Mayo, y otra también tienen éstos en la plaza que lleva el nombre de aquella gloriosa fecha de la historia española.

Hay placas que nos recuerdan el descubrimiento de las Indias y otras que evocan visitas de hombres de fama. Lápidas de bronce o de mármol con bellas inscripciones, con la sencillez de un nombre y unas fechas que marcan gloriosos y aleccionadores itinerarios al visitante curioso y sin mucho quehacer.

JUAN SAMPELAYO



## 156 lápidas recuerdan en Madrid hechos y nombres famosos

sas, que nos ha dado también no ya disgustos, pero sí desesperanzas al ver cómo en tal o cual casa donde sabíamos había vivido un hombre genial o había ocurrido un suceso trascendente para la historia de la ciudad, estaba faltó de la lápida que se lo recordase al paseante del futuro.

Y ahora, al margen de toda literatura, hay que pedir desde aquí, con todo respeto pero con toda seriedad, que el Ayuntamiento, por su Comisión de Cultura, se ocupe cuanto más pueda de que las lápidas sean cuidadas con el mayor esmero, que no se deje que se acumule sobre ellas el polvo de los años, que

de ellas y el texto que en las mismas reza, recojamos hoy tan sólo en este artículo de exaltación de las mismas algunas de ellas. Así, pues, la que en la calle de Santa Clara, número 3, recuerda al paseante de este viejo barrio madrileño que allí puso fin a sus días el genial escritor que fué Larra.

Recordemos la que cerca de la entonces Puerta de Guadalajara, hoy Mayor, 63, de modo muy sencillo, más que lápida es una inscripción en la pared de la casa, señala que allí vivió donde Pedro Calderón de la Barca. En-





# Madrid en la industria naviera

## Un brazo de mar a quince kilómetros de la ciudad.



DESDE Cavite y Santiago de Cuba, han transcurrido para los españoles muchos años de experiencias dolorosas. Madrid sabe ahora del mar mucho más de lo que enseña el cinematógrafo a un hombre de tierra adentro, y ni el estudiante de la Ciudad Universitaria ni el menestral de Cuatro Caminos pensarían en la posibilidad de una hazaña marinera sobre las tablas de una chalana del Retiro. Bien aprendida la lección que nos dió la adversidad hace medio siglo, más conscientes y más avisados, hemos tomado el mar en serio; tan en serio que Madrid es hoy la médula de nuestra producción naviera. Aquí, en la Ciudad Universitaria, tenemos la Escuela de Ingenieros Navales, admirablemente dotada y servida; en Chamartín, la Escuela de Ingenieros de Armas Navales y los Talleres de Investigación del Estado Mayor de la Armada, de donde salió recientemente el primer periscopio construido en España; en la Castellana, la rectoría de la Empresa Bazán, inmediata al Centro de Estudios y Proyectos, y en El Pardo, a 15 kilómetros de la Puerta del Sol, el Canal de Experiencias Hidrodinámicas, organismo modelo, de fama internacional y de valor incalculable para el perfeccionamiento de la industria naviera.

El profano en construcciones navales que no tenga noticia gráfica de un canal de experiencias hidrodinámicas, apenas irá más allá de imaginar una acequia donde los técnicos hagan evolucionar unos barquichuelos por el estilo de los juguetes de bazar, y le sorprenderá descubrir que lo que hay en El Pardo es un pequeño brazo de mar bajo techado, de trescientos metros de largo, doce y medio de ancho y seis y medio de profundidad, abierto ante los talleres de construcción de modelos, con la maquinaria más completa y más moderna. Los cascos fundidos y tallados en parafina, pesados y medidos con toda exactitud, pasan al canal y, prendidos a un cable que se desliza sobre rieles tendido a lo largo de las márgenes, son remolcados para determinar las diferentes características de la carena, considerada aisladamente. Aparte de otras experiencias especiales y de esos ensayos de remolque, se efectúan los de propulsor aislado, de autopropulsión y de perfeccionamiento de carena, que sería imposible detallar en un reportaje. Realizadas las pruebas del canal y dicho un poco burdamente,

no hay ya más que la labor mecánica de construir los buques proyectados en un astillero marítimo.

Tiene a su cargo la complicada y magnífica instalación un equipo de nuestros más capacitados ingenieros navales, que mantiene relación constante con los centros similares del extranjero. Cada dos años edita un índice bibliográfico sobre resistencia a la marcha y propulsión e información general de buques. Muchos de los estudios realizados en El Pardo han sido tomados en consideración y recogidos por las publicaciones técnicas del extranjero.

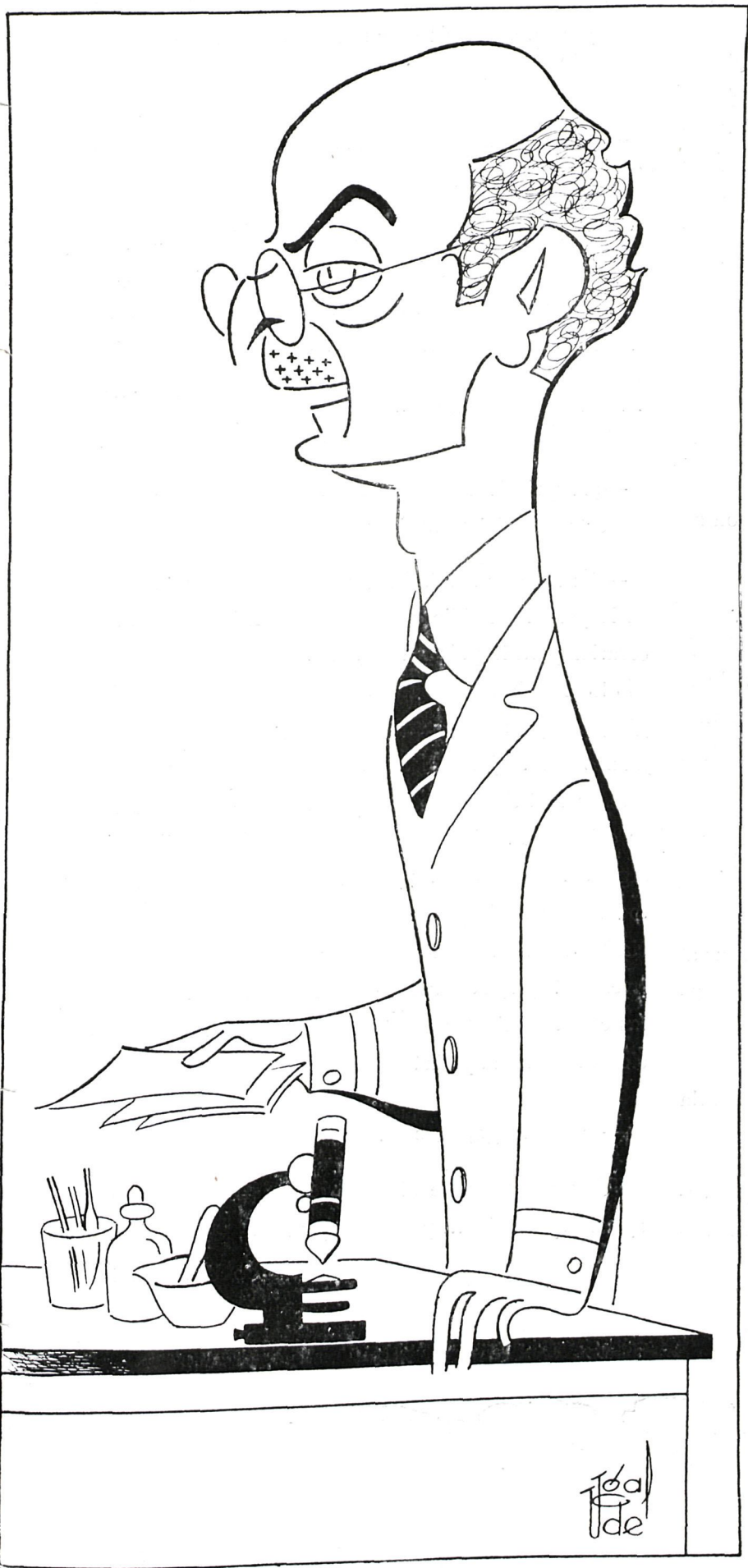
Comenzaron las obras del Canal de Experiencias en 1925, pero realmente no entró en servicio hasta después de la guerra de liberación. En el espacio de diez años recibió 32 encargos de la Marina de guerra, 18 de la Empresa Nacional Elcano, 59 de entidades particulares españolas y siete del extranjero. Construyó unos 200 modelos de carena y más de 200 propulsores. Para efectuar los 1.094 ensayos realizados, el carro remolcador tuvo que recorrer un total de siete kilómetros. Para todas estas maniobras dispone el canal de una central eléctrica y una potentísima batería de acumuladores.

Las economías conseguidas con las modificaciones aconsejadas por el Canal a los navieros dieron en diez años un promedio del 10 por 100 y son la prueba mejor del excelente resultado de los estudios hechos. Esta economía, que representa un ahorro de potencia de 40.000 caballos de vapor, traducida en pesetas equivale a 20 millones, en beneficio de la clientela del Canal.

Entre los ensayos hechos en El Pardo, hubo uno de importancia extraordinaria, por tratarse de un buque de 40.000 toneladas. Este barco, uno de los petroleros mayores de la Marina mundial, estaba proyectado en los Estados Unidos, con destino a su flota, y, ensayado el modelo en El Pardo, el Gobierno norteamericano encargó la construcción del navío a unos astilleros alemanes. Tenemos, pues, motivo sobrado para envanecernos de este centro científico de la Marina española, que tan alto prestigio ha logrado en el más ancho ámbito de la técnica y da a Madrid un puesto de primera línea en la industria naviera.

M. BARBEITO HERRERA





El doctor Enríquez de Salamanca, Profesor de la Beneficencia Provincial, premio de Medicina de la Fundación «March»



*Breve semblanza biográfica del galardonado*



El doctor Enríquez de Salamanca nos dice: "El médico se debe a la sociedad, pero ésta tiene también obligaciones respecto a él."



**D**E acuerdo con las bases de los premios "Fundación Juan March año 1956", dotados con 500.000 pesetas, la Real Academia Nacional de Medicina, designada como jurado por el Consejo de Patronato de la Fundación, acordó otorgar el premio de Medicina al doctor Enríquez de Salamanca.

*Don Fernando Enríquez de Salamanca y Danvila nació en Madrid el 10 de junio de 1890. Licenciado en Medicina y Cirugía con premio extraordinario, obtuvo igual calificación en el Doctorado en 1917. Es premio "Martínez Molins", de Anatomía. En 1919 fué nombrado Médico por oposición, con el número uno, de la Beneficencia Provincial*

de Madrid, y Catedrático, por unanimidad, del Tribunal de Patología Médica de Madrid en 1927. Ocupó la vicepresidencia de la Real Academia de Medicina desde el año 1942 hasta 1946, en que fué nombrado Director de la misma, cargo que desempeña en la actualidad.

Ha tomado parte en numerosos Congresos nacionales y extranjeros y se halla —nos ha dicho— en posesión de numerosas condecoraciones. Toda una vida dedicada a la investigación y a la enseñanza médica, parte de ella desde las salas del Hospital Provincial. La Revista CISNEROS se honra publicando una breve biografía del ilustre Doctor, como un modesto homenaje a quien tanto ha hecho por el prestigio del Cuerpo Médico de la Beneficencia provincial.



El Doctor Enríquez de Salamanca se somete con su proverbial amabilidad a nuestro interrogatorio.

—¿Entre sus ascendientes hay algún Médico?

—Ninguno. De todos mis familiares yo he sido el primero que se sintió atraído por la Medicina. Es una profesión ésta que no puede abrazarse sin verdadera vocación.

—¿Cuál cree usted que es la condición esencial para el ejercicio de la Medicina?

—El altruísmo, sin duda alguna. Saber renunciar al interés propio, para hacer el bien a los demás, es consustancial al médico «auténtico».

—¿Cuál ha sido la mayor satisfacción sentida en la práctica de su profesión?

—Sinceramente no lo sé. En Medicina la mayor satisfacción suele ser la última, porque normalmente supone una vida rescatada a la muerte.

—¿Le causó sorpresa la obtención del premio «Juan March»?

—Sí, mucha. Habiendo tantos Médicos de gran prestigio en España, nunca esperé que mis compañeros fijaran su atención en mí. Lo digo sin falsa modestia.

—¿Cree usted en la eficacia científica de estos galardones?

—En la forma que ahora se otorgan, no. A mi juicio, sería más oportuna y eficaz su concesión en los comienzos de las actividades científicas, porque estimularían notablemente el afán de superación de los profesionales, cosa que no sucede cuando el prestigio del galardonado está sólidamente cimentado.

—¿A qué nivel encuentra la Medicina española con respecto a la del resto del mundo?

—A muy alto nivel, y mejor aún si se considera que en España los Médicos no cuentan con los medios necesarios para la práctica de la investigación pura. Por eso los Médicos españoles merecen toda suerte de elogios, ya que no reciben la ayuda que merecen en sus afanes por mejorar el nivel de nuestra Medicina. Es éste un mal típicamente español: creer que el Médico se debe a la sociedad, y que ésta no tiene obligación alguna respecto a él. ¿Quiere usted una prueba? De todos es conocida la enorme labor que la Beneficencia Provincial realiza en beneficio de la salud pública, ¿verdad? ¿No cree usted que esto debiera estimular a las clases pudientes para que prestasen a la Corporación una eficaz ayuda?

—Desde luego, Doctor.

—Pues pregúntele al Marqués de la Valdavia las ayudas que recibe... y después juzgue.

FRANCISCO UGALDE





*El Club Alpino  
y el paisaje  
madrileño*



## La Sierra sirve de impresionante telón de fondo a Madrid

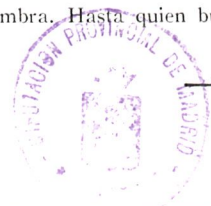


UNA de las sorpresas que experimentó la Condesa D'Aulnoy en su viaje a España bajo el reinado del último de los Austrias, fué la de que Madrid no tuviese, en torno a ella, ninguna fortaleza que la defendiese de las asechanzas de sus posibles enemigos. Pero reconocía, al mismo tiempo, que la capital del reino no necesitaba de esas defensas construídas por los hombres, porque la Naturaleza había hecho surgir a sus puertas una defensa más eficaz y, desde luego, más bella que cuantas pudieran levantar sus defensores. La curiosa e inteligente Condesa, que amaba a nuestra Patria, se refería a la Sierra de Madrid; a la Sierra por antonomasia.

El madrileño, en cambio, durante mucho tiempo ha parecido desconocer esas afueras de Madrid y ha vivido de espaldas a ellas. El madrileño y el que venía a Madrid para quedar prendido en el sortilegio de la Villa y Corte, sabía de sus calles y plazas, de sus parques urbanos, de sus centros de cultura y de sus centros de diversión. Parecía como si el sol que brillaba en el cielo azul de Madrid y que doraba las piedras cargadas de historia y llenaba de júbilo y optimismo los corazones, fuese suficiente regalo y amplia muestra para el de la magnificencia de una Naturaleza que aguardaba inmutable en su belleza, dispuesta a entregarse a la contemplación del hombre.

UNA LLAMADA ANCESTRAL

Pero el espécimen ciudadano continuaba indiferente. El hombre de la ciudad parecía ser una continuación de la piedra y el cemento, a los que tanto amaba, a juzgar por su resistencia a evadirse de su sombra. Hasta quien bus-





caba amplios horizontes para su espíritu, permanecía afebrado a los estrechos límites del paisaje ciudadano; y del campo, de las anchas perspectivas, de las altivas cumbres que se alzaban hacia el cielo, de los raudos arroyos que se deslizaban salmodiando su canto triunfal camino de su amplio destino en el mar, de los esbeltos árboles que crecían como en una mística aspiración, no tenía más referencia que la que recibía de otros hombres, pocos pero escogidos, que se lanzaban tras la gran lección y el misterioso encanto de la Naturaleza.

Y a las puertas de Madrid, como una natural defensa antaño y como un espectáculo de impresionante belleza y un escenario de fuerza y actividad en estos tiempos, estaba la Sierra de Madrid llamando a los madrileños, con una llamada ancestral, para infundir la energía a sus cuerpos y la paz y serenidad de sus largas perspectivas a sus espíritus.

#### UN PRIMER HITO

Viene esto a cuento de una efemérides que se conmemora en este año. Una Sociedad deportiva, el Club Alpino Español celebra su cincuenta aniversario. El poder festejar cincuenta años de vida deportiva ya es, en sí, motivo suficiente de júbilo, pero estos cincuenta años de vida del Club Alpino Español significan algo más; la labor desarrollada a lo largo de ellos supone no solamente el fomento de una afición deportiva tan útil y tan bella como es el montañismo, sino también la realización de una labor social trascendente: la consecución de un fin educativo de hondo valor humanístico, como es el del acercamiento del hombre a la Naturaleza. Porque los hombres y mujeres que, en sus grupos reducidos al principio y en masa en la actualidad, se dirigen al monte bajo el pabellón del Club Alpino Español, ese amplio sector humano que va a ponerse en contacto con la Naturaleza, aprende de ella una lección de energía, de fidelidad y de paz, y de serenidad. Los hondos silencios del campo hablan al hombre con una voz fuerte. Las grandes perspectivas le dan una visión amplia y comprensiva de los hombres y de las cosas y el milagro periódico y continuado de la eclosión de la Naturaleza le proporciona la más completa enseñanza de tenacidad, de perseverancia y de fidelidad.

Y como un complemento de estas trascendentales enseñanzas, la Naturaleza da al hombre que la busca el regalo maravilloso del paisaje. Esta es la gran obra que con alegría deportiva ha venido realizando, a lo largo de sus cincuenta años de vida, el Club Alpino Español: acercar a Madrid, acercar a los madrileños, que son todos los que viven cobijados bajo su cielo, al paisaje de Madrid. Crear, o recrear, para ellos las montañas y los puertos que una Condesa francesa, al acercarse a Madrid hace siglos, imaginó que estaban allí como avanzados e invencibles centinelas de la Corte.

#### LA CASILLA DEL KILOMETRO 16

Este descubrimiento de la Sierra no le hizo la masa que a ella acude ahora. No fué un movimiento espontáneo de las multitudes, ni el colectivo descubrimiento de unos encantos que esperaban desde siglos para ofrendarse. Este alegre y deportivo éxodo que se realiza desde Madrid a la Sierra tuvo sus adelantados, sus hombres que desbrozaron el camino y dejaron sus huellas para ser seguidas y no borradas. Y estas huellas las produjeron los esquifes de un hombre a quien, con justicia, se le ha llamado «el padre del deporte blanco en España». Este hombre, don Manuel G. de Amezúa, ya había hollado la Sierra con sus pies de cazador. Escopeta al hombro y seguido por sus perros, trepaba a los riscos, descendía laderas y cruzaba hondonadas. En estas excursiones cinegéticas advirtió las magníficas condiciones que la Sierra madrileña encerraba para la práctica de los deportes de nieve, a los que él era ya aficionado.

El deporte del esquí nació en Europa casi con el siglo. En los comienzos de éste pasó a ser usual en todos los países europeos un deporte que hasta entonces había tenido una exclusiva escandinava.

En 1906 se fundó en Madrid el Club Alpino Español, y el reducido grupo que seguía al señor Amezúa en su afición deportiva, tuvo su local social en la caseta del peón caminero situada en el kilómetro 16 de la carretera de Villalba a La Granja.

Las huellas de aquellos hombres fueron profundas y pronto aquella casilla creció y se convirtió en la sede de los numerosos entusiastas del deporte de nieve que han integrado el Club Alpino Español. Hoy en día tiene un magnífico edificio en el mismo puerto, refugio alpino de la cincuentenaria Sociedad.

Su intensa vida a lo largo de estos cincuenta años le ha creado un prestigio deportivo que se ha reflejado en informaciones y noticias de la Prensa especializada que, ahora, ha registrado con alborozo la efemérides de una Sociedad que tan importante contribución ha prestado al deporte. Ya esto de por sí es trascendente, pero nosotros, volviendo sobre la preocupación que reflejamos en nuestras primeras líneas, queremos insistir en el otro aspecto que el Club Alpino Español realizó implícito con el deportivo. Queremos, como homenaje en su cincuentenario, resaltar la gran labor poética y educativa que ha realizado con esa recreación del paisaje para los madrileños. El parece que ha descubierto el aire de la Sierra que tanto se temía cuando se filtraba por las calles y ha acostumbrado a las gentes a enfrentarse con él. Las ha enseñado a entregarse confiada en sus brazos y a dejarse llevar por ellos a descubrir horizontes, a contemplar ángulos de paisaje en una Naturaleza que vivía y germinaba, gran parte del año, soterrada bajo una capa de nieve.

Hoy en día el madrileño conoce el paisaje de Madrid y, como todo conocimiento es amor y el amor íntima penetración, esta unión ha tenido su compensación para el hombre y para el paisaje. Este se ha sentido consolado en su soledad y el hombre ha incorporado a su vida cotidiana la gran lección de energía que da la Naturaleza.

Burla, burlando, la Sierra airea el corazón de Madrid, le purifica y entona su ritmo. Con su generosidad, la Naturaleza presta su colaboración al músculo y al alma. Proporciona al hombre un goce físico y un gozo estético. Por esto, por su gran contribución al redescubrimiento del paisaje de Madrid, se consigna con júbilo la efemérides del Club Alpino Español.

GERARDO DE NÁRDIZ







**N**O podía faltar en el primer centenario de la Sociedad Española de Otorrinolaringología el homenaje nacional al que fué fundador de una nueva escuela científica, al madrileño Manuel García, descubridor del laringoscopio.

Y digo no podía faltar porque ya en el año 1905, el 17 de marzo, cuando cumplía los cien años de edad, tuvo que ser la Prensa londinense la que nos enterase de que no sólo existía el ilustre cantante e inventor, sino que se aprestaba la Gran Bretaña a celebrar el centésimo aniversario de su nacimiento.

Y es que nos suele ocurrir a los españoles, con bastante frecuencia por desgracia, que tienen que venir los extranjeros a llamarnos la atención sobre nuestras glorias nacionales. Algo de esto pasó con la figura de Manuel García. Hijo del famosísimo tenor del mismo nombre y hermano de la Malibrán y de Paulina Viardot, nació Manuel García en Madrid el 17 de marzo de 1805, en pleno reinado de Carlos IV. A edad muy temprana empezó a recibir lecciones de su padre, el sin rival «Almaviva» de *El barbero de Sevilla*. Poseedor de una hermosa voz de barítono, apareció por primera vez en las tablas a los veinte años de edad, siendo muy frecuente el que, no obstante la diferencia de registros, sustituyera al ya cansado Manuel García I en indisposiciones y enfermedades. Ha de advertirse que Manuel García II poseía una extensión de voz asombrosa, merced a la cual le era fácil abordar sin temor desde las notas más graves del barítono hasta el «sí» natural agudo del tenor.

Estos esfuerzos le hicieron abandonar la escena años después. Se estableció en París allá por el año 1831, haciéndose cargo de la cátedra de canto del Conservatorio, que conservó hasta 1850, fecha en que pasó a Londres, donde fijó su residencia definitiva.

Su gran reputación como maestro de canto le atrajo desde el primer momento gran contingente de discípulos, que más tarde llegaron a ser famosos. De ellos recordemos,

además de la Malibrán y Paulina Viardot, hermanas del maestro, la Jenny Lind, precursora de la Patti, y denominada por sus contemporáneos «El ruiseñor sueco»; Antonieta Sterling, madame Salomón, Bussine, Julio Barbot, creador del *Fausto* de Gounod; Bataille, el famoso bajo elegido por Meyerbeer para el «Pedro I» de *L'Etoile du Nord*, y la célebre Marchesi, que a su vez transmitió las lecciones del sabio profesor a sus discípulas Ilma de Murska, Emma Nevada, Sybil Sanderson, Fran Gerster, Ada Crossley, la Melba y otras tantas. Se trataba de una gran pléyade de cantantes, formadas en la magnífica tradición artística de los García, padre e hijo.

Con esta segunda fase de la vida de Manuel García se encuentra relacionada la invención del utilísimo aparato conocido en Cirugía con el nombre de laringoscopio.

A los pocos años de llegar a Londres, acometió la honda preocupación que le asaltaba. Creía él que no podría sacarse gran partido de la laringe humana hasta que pudiera ser reconocida interiormente con ayuda de un aparato.

«Si yo pudiera asomarme a la garganta —decíase el maestro—, no se malograrían tantos cantantes y, en cambio, podrían improvisarse muchos.»

Después de muchos estudios y tanteos, dió por fin con el aparato deseado, y que consistía en una combinación de espejos sobre los que se reflejaba el interior de la laringe. Inmediatamente después de realizar el descubrimiento, presentó a la Real Sociedad de Medicina de Londres una Memoria titulada «Observaciones fisiológicas acerca de la voz humana», en la que explicaba el autor el funcionamiento

de las cuerdas vocales durante la inspiración y la fonación. El invento de Manuel García fué posteriormente perfeccionado por el profesor Czermak, de Budapest, el creador del arte de la laringoscopia.

García fué íntimo amigo de Rossini y Meyerbeer, del incomparable Mario y de su esposa, la Grisi, entre otra porción de celebridades de aquella época, y en presencia de él se desarrollaron sucesos más o menos célebres.

Entre las anécdotas que se cuentan que presencié, figuran éstas: Cierta joven compositor escribió, al ocurrir la muerte de Meyerbeer, una marcha fúnebre dedicada a la memoria del autor de *El Profeta*. Deseoso de oír la opinión de Rossini, acudió a casa del maestro y la ejecutó al piano. Acabada la audición, preguntó el novel músico a Rossini:

—¿Qué le parece a usted mi obra?

—¡Muy bien! ¡Es cosa buena!

—contestó el interrogado—. Solamente le diré que me hubiera gustado una pequeña alteración.

—¿Y cuál es, querido maestro?

—tornó a preguntar el aspirante a celebridad.

—Pues que hubiese sido Meyerbeer el que le compusiera a usted la marcha fúnebre —le respondió.

Otra anécdota es la siguiente: Hallábanse presenciando el estreno de *Roberto el Diablo*, Meyerbeer y Rossini, y al llegar a un pasaje de la ópera, Rossini no pudo reprimir su entusiasmo y, poniéndose en pie, dijo al autor de la obra:

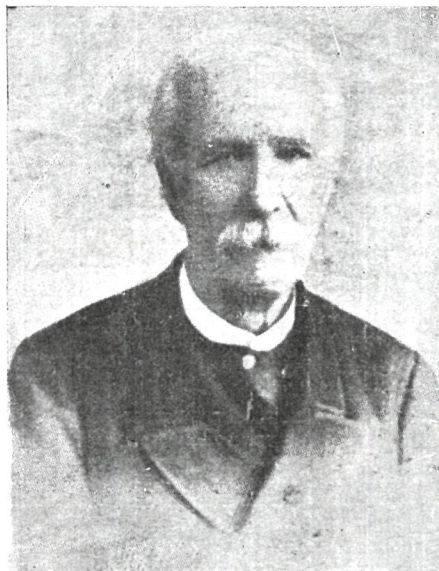
—Si hace usted algo que supere a eso, me postraré a sus plantas.

—Pues ya puede usted, amigo mío —repuso Meyerbeer—, irse arrodillando, porque acabo de terminar el cuarto acto de *Los Hugonotes*.

Así fué el ilustre profesor inventor del laringoscopio, el hombre que fundó una rama de la Medicina: la Laringoscopia, y que Madrid, como justo homenaje a un hijo suyo —no olvidemos que nació en el número 1 de la actual travesía del Reloj, esquina a la calle de Fomento, por entonces calle del Limoncillo, y en donde el Municipio ha descubierto una lápida—, acaba de rendirle uno de carácter nacional, cuya presidencia de honor ha aceptado Su Excelencia el Jefe de Estado, y que la Sociedad Española de Otorrinolaringología, en su primer centenario, ha dedicado a la memoria de tan sabio maestro, creador de una escuela.

## Hombres ilustres

### de la Provincia de Madrid



#### MANUEL GARCIA, FUNDADOR DE UNA NUEVA RAMA DE LA MEDICINA

Algunos datos biográficos del ilustre músico madrileño, descubridor del laringoscopio.—Principales discípulos y anécdotas del famoso tenor.

E. MENDEZ-CONDE